ABC 6 junio 1959 107

UNA IDEA FELIZ

La idea estaba en el aire, volando como una mariposa sin norte, pero nadie la veía. Hubieran podido verla en S'Agaró, cuya playa redonda y apretada es como una plazoleta de mercado, o en Sitges, que extiende su brazo desde la Parroquia a Teramar con un ademán casi tribunicio, o en Torremolinos, sobre cuya arena dejan las olas mediterráneas cincuenta hoteles nuevos cada equinoccio, o en Palma de Mallorca, a la que los curtidores de Inca atirantan el charolado cielo para que reluzca por la noche. Y la vieron—esa mariposa multicolor y zigzagueante—, la vieron solamente—¡con qué sensibilidad!—en Benidorm. Y se acabó. Ahora la idea es de Benidorm. ¿Y en qué consiste la tal idea? ¡Ah! Benidorm va a organizar el Festival de la canción. En principio puede parecer frívola empresa. Pero no lo es.

Benidorm gana con el Festival una guirnalda publicitaria de primer orden. Me alegro, porque es de justicia. Ahora bien: a mí me alegraría igualmente que su celebración—y su descontado éxito—nos moviese a todos, de modo indirecto, a pensar en lo mucho que interesa al ornato público una red de canciones bonitas, inteligentes y graciosas, que nos envuelva en su malla.

Que unos se cuiden de los caminos, canales y puertos y otros de los teléfonos y de las Universidades Laborales: de acuerdo. Pero que haya quien se ocupe de las canciones. Una política hidráulica. Conforme. Y una política de canciones. Yo quisiera que Benidorm lanzase al mercado periódicamente un lote de canciones en las que la letra tuviese un mínimo de cordura y la música un mínimo de belleza. Yo quisiera que Benidorm—puerto de mar al fin y al cabo—fuese un astillero en el que se botasen las más inspiradas canciones de Europa. Ese es mi deseo fervoroso.

Sé muy bien que hacer una canción no es cosa muy sencilla, y menos conseguir que arraigue. A veces prenden algunas a tal punto estultas que uno se siente deprimido. ¿Cómo es posible que ese desmañado soniquete se tararee, que esa letra infamante se repita...? Pues, sí. Mal que nos pese. La vemos reproducirse, crecer, meterse en nuestros oídos con la complicidad de diez orquestinas, de catorce radios y gramolas, de treinta usuarios del metro que la silban desapoderadamente mientras entran y salen. El derrotista se acerca a confiarnos sus cuitas: —No tenemos redención—nos dice.

Claro está: es imposible que cada veinticuatro horas brote una canción maestra, con sus dosis bien calculadas de sentimentalismo y de picardía, con su luz en las notas, en las breves notas que la componen, para llamarnos la atención aun de lejos. "Ojos verdes", "La violetera", no se escriben a diario. Pero deberán merecer nuestra simpatía cuantos esfuerzos se hagan para que otras análogas se escriban con más frecuencia, para purificar y ennoblecer un género cuya bastedad tanto daña a la salud nacional. No hay que cuidar de la calle solamente sus aligustres y sus acacias. Es menester cuidar también sus músicas. El perfume de París y el de Roma, dimana al igual de sus árboles y sus flores que de sus canciones. El aroma de las canciones anuncia la ciudad a mucho mayor distancia que el de las rosas. Esas dos joyas que son, en su estilo, el "J'ai deux amours", de Scotto, y el "Arrivederci, Roma", de Rachel, valen cada una por cien tarjetas postales o por cien carteles, tentación de turistas. El solo hecho de oírlas moviliza nuestra voluntad o nuestra nostalgia hacia las ciudades que glorifica. Agustín Lara, con su "Madrid, Madrid", azuzó el universal deseo de verlo, de cotejarlo, con lo que de él dicen en el chotis famoso, más que todas las propagandas oficiales. Fué un tributo lleno de ternura rendido a nuestra capital por un piropeador con talento. Otras canciones hay, en cambio, que nos irritan y que, además, aunque no lo queramos, nos apresan irremisiblemente. Porque no hay atonía posible, ni encogimiento de hombros que valga ante su boga. No. Penetran en cuña, cómo un estilete, en nuestro cerebro. Se instalan, a lo mejor, en nuestros más callados recuerdos, en los más íntimos. Sólo una canción, la que privaba entonces, sabe de aquel fugitivo encuentro, de aquella encendida promesa, de aquella hora sin par. Y es intolerable su bocoia intromisión, su desafinada tercería en un escenario que cuidamos tanto, que tan delicadamente buscamos y adornamos para que fuese atractivo.

Benidorm puede contribuir mucho a que la canción española, como género, se abrillante y afine. Confieso la debilidad que la canción me inspira, aunque no sea sino por su parentesco con el artículo de periódico. Como una canción es, en efecto, el artículo. Ingrávido, volandero, breve de medidas y, sobre todo, efímero. A pesar de su fugacidad, artículos se han escrito que conmovieron a la ciudad entera. Hoy, quizá menos que ayer, porque la ciudad es más grande y su sensibilidad más diluída y, ¿por qué no decirlo?, más chata. Artículos que atacaron un problema y lo resolvieron, o un Gobierno y lo echaron a pique. Pero hay, del mismo modo, canciones que el Destino dispara a nuestro corazón y lo ponen en trance y lo exaltan, o que el azar acompasa a sus mejores latidos, canciones que escoltan minutos de felicidad o de angustia. Y que, sólo por eso, quedan ligadas para siempre a ellos, como un imborrable tatuaje. Y conviene que esas canciones, cuyo programa no ordenamos ni prevemos, sean nobles y bellas.

A cierta alcurniada dama encontré yo camino de Londres hace unos años, en compañía de sus nietos, a los que llevaba a ver la coronación de la Reina Isabel.

—¡Hay que cuidar los recuerdos de los niños!—me dijo, como si deseara justificarme su viaje.

Hay que cuidar, igualmente, esas canciones, las canciones que nos salen al paso, que nos preceden y nos siguen en la vida, las que irán asociadas a nuestras horas más intensas. No podemos mezclar éstas—tan sagradas son—a musiquillas deleznables, a letras baladíes... Benidorm, si cumple inteligentemente la misión que ha asumido, hará un bien enorme a la vejez de los muchachos de hoy.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española